

CLASE AVES

EL PATO GERRGON GRANDE

PAECILONITTA SPINICAUDA

Este hermoso pato chileno habita desde Tarapacá hasta el Estrecho de Magallanes, es muy sociable, vive en grandes bandadas, en las lagunas, terrenos pantanosos, en busca de su comida. Las costumbres de este pato son poco conocidas. Viven en el agua de las lagunas, pantanos, charcos, etc. Con su ancho pico registra el cieno de los charcos en busca de cuanto encuentra que sea de su agrado para saciar un estómago que parece nunca dice basta, el que consiste en raíces tiernas, brotes, sin desperdiciar pequeños crustáceos, gusanos, caracoles, etc.

Los nidos los construye en rincones secos de las lagunas o vegas donde habita, los hace con ramas las que cubre con lanas u otros objetos suaves, allí pone de diez a doce huevos, los pequeños patitos se meten al agua a los tres días

de haber nacido.

Este pato, por el hecho de andar siempre en grandes bandadas, suele causar perjuicios en los arrosales y sementeras de trigo. Es muy perseguido por los cazadores, pero él sabe muy bien defenderse, es muy tímido, con su oldo finísimo al menor ruido emprende el vuelo, y así logra escapar de sus enemigos.

(Estas aves e insectos han sido tornados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco de Santiago).

(APARECE LOS

Canilla 6562 —Correo 4.—

Santiago de Chile



PRECIO DEL EJEMPLAR:

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:
Anual . \$,50.—
Semestral . . 25.—

REVISTA INFANTIL

No. 5



A LOS NIÑOS DE MI PATRIA (Especial para "El Colegial")

Tranaja, estudia: tu destino es ese. No a la molicie tu existencia arrastres y yérguete soberbio ante la inercia, haciendo de labor cumplido alarde.

¿Quién puede detener en su camino la triunfal marcha del Progreso? ¡Nadle! Así, tê, en la existencia sé un torrente impetuoso, bravo y fecundante.

Las aguas detenidas son pantanos que timos putrefactos las invaden; el cielo en sus cristales no refleja sus miradas de mundos siderales.

Limpida lieva tu conciencia, niño, siempre piensa en lo noble y en lo grande, no te apartes jamás de tus deberes e inspirate en serenos ideales.

Sé noble y ceuánime en tus actos, al ajeno dolor amparo dale, aleja de tus lablos la mentira que es muy propia de viles y cobardes.

Nunca la envidia con su vil ponzoña llegue a tu noble espíritu y lo manche; no des asilo en tu sereno pecho al rencor de los débiles o infames.

Ama tu patria con cariño clerto, de su historia y honor sé su baluarte; respeta sus gobiernos y sus leyes, pregona su grandeza en todas partes.

Sencilia es la lección que aqui te dejo, y cual una oración, mañana y tarde, enséñala a rezar a tus hermanos en el nombre de Dios y de tus padres.

MARCOS PUELMA PERNANDEZ









CAPITULO I

La entrada de los Genizaros

De todos los países, ninguno tan magnificamente situado como la residencia imperial de los osmanes en Constantinopla. Era una lengua de tierra que se extiende entre el Bósforo y el admirable puerto del Cuerno de Oro. Hay hermosos palacios, kioskos, torres y toda clase de construcciones, rodeados de jardines, bañando el mar por ambas partes sus muros exteriores.

Solimán II, a quien la historia llama el Magnífico, hizo edificar su residencia cuando el imperio de los osmanes había alcanzado el apogeo de su poderío. Los jardines abundantemente provistos de canales desde los antiguos tiempos bizantinos, habían pertenecido a los monjes griegos de la próxima Abadía de Santa Sofía. Ahora se levanta en ellos toda una ciudad imperial. El primer patio, a que daba acceso la llamada Alta Puerta. estaba ocupado por una guardia de unos mil hombres de los temidos genizaros. Por una segunda puerta, llamada Loab-us-Selam, puerta de los saludos, se penetraba a un patio interior. Solamente los Visires, los altos dignatarios y algunas veEra una tarde de Mayo del año 1861, se esperaba de un momento a otro la llegada del general Kara Hasán Ogli, que venía cubierto de gloria y haría su entrada triunfal después de la oración, quien traía para el Sultán un rico botín de guerra. Ya se dejaban oir por la puerta de Adrianópolis los primeros acordes de la marcha guerrera, y el grito de ¡ya vienen! corrió de boca en boca.

—Aquí, compadre Alí —dijo el Kapu-Agasí, jefe de los esclavos blancos al Kislar-Agasí, jefe de los esclavos negros, llamándole para que se colocara cerca de la Alta Puerta, donde se podía abarcar una gran extensión de la plaza.

—Gracias compañero de empleo— Y que Kara Hasán te traiga de los países que ha visitado muchos minos rubios y de ojos azules, a quien nuestro amo Mehemet, da preferencia.

—Como eres tan entendido juez quiero que me ayudes a escoger los que debo presentar al Sultán —dijo Kapu-Agasí. Ahora abre bien los ojos y fijate, que ya empieza a en-

En aquel momento empezó a totrar en la plaza la comitivacar la banda de la guardia del pa-

Alí, no pudiendo contener su entusiasmo, lanzaba el grito con que la multitud celebraba la entrada del

ejercito.

Detrás de los músicos entraron en la plaza siete jinetes llevando en largas picas doradas siete colas de caballos, signo de dignidad del caudillo, que ondeaban a impulsos del viento. Las llamadas colas de caballo no eran propiamente de caballos, sino de unos feroces animales de pelo largo sedoso que son cazados en las altas montañas del Tíbet y del Himalaya. Detrás de los portadores de estas colas apareció el mismo Kara Hasán Oglu, el general de los genízaros. Con la cabeza erguida, miraba con indiferencía la multitud que le aclamaba. Pero cuando vió el Agá de la guardia de la torre, al comandante de Constantinopla y el Gran Visir que estaban en la Puerta Alta, se irguió sobre la silla y sacó su alfange adornado de piedras preciosas, para saludar con él a los altos dignatarios.

En seguida, entraron los bagajes, muchos carros cargados de botín y un ejército de prisioneros. Las carrozas iban ordenadas en dos filas y los prisioneros colocados en medio de ella. Casi todos eran jóvenes de los países limítrofes del Austria, arrebatados a su familia de sorpresa por los genízaros.

Finalmente, del último carro sacaron muchos niños y niñas entre cuatro y doce años, los que llora-

ban sin consuelo.

Pero uno de los inspectores les amenazó, exclamando:

Y no han de cesar en su incesante llanto nunca ? Ahora estamos delante del palacio del Gran Sultán, cuyas magníficas salas y hermosos jardines habéis de habitar en vez de miserables cabañas. El que vierta una lágrima, probará este látigo que ya sabéis a lo que sabe.

—¡Calla, María, por Dios! —exclamó un niño de doce años, a su hermanita que en vano procuraba contener el llanto.— Calla, que este hombre perverso, cuyo lenguaje no entendemos, te va a azotar otra vez con el látigo.

—No puedo, Walter; también las mujeres lloran. Ahora nos van a separar al uno del otro, como nos han separado de nuestros padres. Me dejarán enteramente sola, y me mo-

riré de pena.

—No María, no nos separarán del todo, pues viviremos en la misma easa y alguna vez podremos vernos y hablarnos —dijo, consolándola, el niño, que apenas se figuraba la extensión del palacio del Sultán y no tenía idea de la rigurosa separación que se observaba entre las habitaciones de las mujeres y el resto de la casa. Luego añadio, acariciando suavemente el rubio cabello de su hermanita:

-En todo caso estará contigo el ángel de la guarda, mientras tú reces y seas buena te concolará y socorrerá. Y no debemos perder la esperanza de ser libertados algún día, y acaso de poder huir. ¿ Ves allá arriba aquellos árboles altos y aquéllos mástiles con cuerdas? Deben ser de barcos y a veces suelen venir barcos de nuestra patria a esta gran ciudad, ya ves, si logramos llegar a uno de ellos, podríamos remontar el Danubio y regresar por éste o por otro camino a nuestra casa. Así no desesperes, y signe siendo huena v niadoga



All ponía a un lado a las mujeres y a las niñas, mientras que Abdulah colocaba en el otro a los jóvenes y niños.

—Sí, Walter, dijo la niña, consolada con estas palabras, limpiándose con el delantal las últimas lágrimas de sus inocentes ojos,

—Me encomendaré todos los días al ángel de mi guarda. Tan pronto como divises uno de nuestros barcos, me lo dices, y nos escaparemos cuando llegue la noche y esté todo muy obscuro y vendrá con nosotros Lucía, Inés y Gertrudis y los demás niños y también... Martín, Jorge y Conrado, el pobrecito jorobado. A todos los ayudaremos, Walter.

—Es verdad, María. Todos vendrán con nosotros. Ten, pues, ánimo y confianza. Mira, ahora nos van a llevar al gran castillo.

Mientras que ambos hermanos mantenían esta breve conversación, la retaguardia de los genízaros había penetrado con estruendo guerrero en la plaza y ocupado el único lugar que estaba vacío. Por graciosa disposición del Sultán el caudillo y sus valientes guerreros, recibían parte en el botín. Pero antes que se haga la distribución, añadió el Gran Visir, se dignará el poderoso Sultán contemplar el botín.

Al escuchar estas palabras todos inclinaron la cabeza y gritaron:

—Alá bendiga a nuestro poderoso Sultán y aumente sus días, sus bienes y su gloria.

Alí ponía a un lado a las mujeres y a las niñas, mientras que Abdulah colocaba en el otro a los jóvenes y niños.

Cuando el moro asió por un brazo a María para separarla de su hermano, la pobre niña rompió en lamentaciones. En vano levantaba las manos suplicantes y se asió fuertemente a su hermano. Esta acción sólo sirvió para provocar una expresión de burla en el ros-

tro del negro.

—Niña, —le dijo sonriéndose, todo es inútil. No tienes más remedio que venirte conmigo, lo mismo que las demás mujeres. Tranquilízate y cesa en tus odiosas lágrimas.

La niña no entendió estas palabras; pero su hermano le dijo al oído: — Vete con el moro y las otras mujeres. Tu ángel custodio te protegerá. Y besando a su hermana la empujó hacia Alí y él entró resueltamente en la fila de jóvenes que Abdulah ordenaba.

El Kapu-Agasí estaba de buen humor, y dirigiéndose a Walter, le

dijo:

—Tú te colocas aquí al fin de la fila...¡Pero qué linda criatura es ésta que aquí llega! Palabra que jamás poseyó el Sultán enano más encantador. Mil cequíez vale el arrapiezo. Compadre Alí, llegate aquí y contempla a este grande hombre.

Y diciendo esto sacó Abdulah del grupo de sus compañeros de infortunio al niño a quien María había designado con el nombre de Conrado. Su rostro hubiera sido muy feo, si su expresión no estuviera dulcificada por la mirada de sus ingenuos ojos.

— Y qué dices de este muñeco ? — preguntó Abdulah sonriéndose.

—Nada malo, respondió el moro. Aventaja al diminuto judío de Dalmacia. A la sultana y su corte le gustará tener este juguete. Pronto lo sabremos, pues el Visir da la señal de que el Sultán espera.

¡Entremos! —dijo Abdulah—. Y tú, arrapiezo, dále la mano a este

hermoso niño.

Y al decir estas palabras, el Kapu-Agasí colocó al jorobado junto a Walter, y éste deslizó a su compañero algunas palabras de consuelo, mientras la comitiva se ponía en marcha.

—Te agradezco mucho lo que me dices, —contestó el enanito.— Tú y tu hermana habéis sido buenos conmigo y nunca os habéis reído cuando los demás se burlaban de mí. Yo sé que mi cuerpo es feo, pero mi alma es más hermosa que la de todos ellos.

—Ciertamente, Conrado, pues ha sido adornada de celestial belleza en el santo bautismo. Deja, pues, que se rían los necios; algún día se verá quiénes son eternamente hermosos. Ven y seremos siempre buenos amigos.

En medio del estruendo de la música entraron Kara Hasán, Oglu y sus capitanes a través de una do-

ble fila de guardias.

Después de pasar el patio exterior y la Puerta de los saludos, entraron en el patio interior del Palacio y atravesando magníficos jardines, llegaron a una terraza donde estaba el kiosko que Solimán el Magnífico hizo edificar y adornar del modo más costoso por célebres arquitectos persas. Allí quiso Mehemet IV, recibir el botín de sus guerreros.

La admiración de Walter fué grande cuando recorrió el hermoso jardín y mucho más al entrar en la estancia donde se encontraba el

Sultán.

En esta magnífica sala estaba sentado, en un trono entre almohadas, el Sultán, rodeado de los dignatarios de la Corte. A su derecha, se encontraba el Gran Visir, y a su izquierda se colocó el jefe de los genízaros después de oír de su soberano algunas palabras de encomio.

(Continuará)



Lindor el

RECUERDE: El joven Lindor va en busca de la espada mágica y del guantelete de hierro encantado para recobrar todo lo que le ha quitado el caballero de Faunas, aseaino de su padre. Un escudero del caballero de Faunas lo toma prisionero, pero Lindor se escapa valléndose de una ilma encantada. Las brujas, aleccionadas por el mago, servidor del señor de Faunas, quieren entorpecer el camino de Lindor y una de ellas prepara una trampa a Lindor. Pero cuando la bruja quiere apoderarse de la viola mágica de Lindor, el instrumento se convierte en una serplente.

CARRELLO VIII



1.— El instrumento convertido en serpiente, se deslizó por el suelo y desapareció entre los matorrales vecinos. La bruja aprovechó el momento para irse con sus canastas llenas de frutas. Pero no había renunciado.



2.— Apenas se marchó la bruja, cuando el instrumento reapareció, sin que Lindor, en las ramas del árbol, no se hubiese dado cuenta de nada. De pronto sintió un canto maravilloso; bajó del árbol y buscó admirado.



5.— Entre el follaje, divisó una hermosisima doncella vestida de blanco y coronada de rosas. —¿Quién sois para cantar de modo tan maravilloso? preguntó Lindor. —Soy la ninfa de las canciones, replicó



4.— Y en seguida prosiguió: —Prestadme vuestra viola y cantaré. Lindor obedeció y apenas el instrumento se halló en manos de la ninfa, cuando estalló un trueno formidable y una bruma cayó sobre la ninfa envolviéndola.

Henestral





5.— Lindor se quedó estupefacto durante un instante. Y cuando la nubecilla que había envuelto a la hermosa doncella se dispó, Lindor no vió a nadie. La ninfa y el bosque habían desaparecido. Pero en manos del joven menestral estaba otra vez el mágico instrumento que había prestado.

6.— Lindor estaba reflexionando sobre tan maravillosos sucesos, cuando sintió una vocecilla junto a él: —¡Lindor! El joven se volvió y se encontró con el duende Cachetín que le dijo: —La ninfa era una bruja que quería apoderarse de tu viola. Y dicho esto, Cachetín desapareció.





7.— Mientras tanto, la bruja se fué a la caverna donde habitaban sus compañeras y reuniéndolas a todas formó el círculo mágico para llamar a la reina de las brujas. Esta se presentó montada en un macho cabrío. La bruja que había fracasado le contó sus intentos inútiles.

8.— La reina desmontó del macho cabrío y dijo: —El instrumento está encantado y cada vez que una de ustedes lo toque, sonará en los oídos del mago Persides, protector del menestral. Pero yo poseo un ungüento que permitirá que cualquiera de ustedes pueda tocarlo impunemente.

(Continuarà)



RECUERDE: Damián y Paulina buyen de la cabaña de un pescador al saber que este no es su padre. Por el camino encuentran a un hombre moribundo que les confía una chaqueta entre cuyos forros hay oculta una pequeña fortuna y les hace prometer que la entregarán a su hija que vive en Santiago. Poco después los niños son atacados por dos maleantes que tratan de apoderarse de la chaqueta, pero interviene a tlempo el hacendado don Sergio Viilela y se los ileva en su automôvil a Santiago. En la capital los niños saben que la hija del caminante muerto ya no existe y que su hijo Gastón trabaja en las minas de Lota. Don Sergio conoce la historia de Paulina y Damian y resuelve enviarlos a la cabaña del pescador. Pero Damian y su hermana huyen al amanecer, sin darse cuenta de que esa misma noche están robando la casa de don Sergio. Uno de los ladrones sigue a los dos niños.

CAPITULO VIII

La sombra perseguidora

Aquel día don Sergio fué el pririero en levantarse. Bajó de su
dormitorio que estaba en el piso de
arriba y entró en su gabinete de
trabajo. Desde el primer instante
constató el desórden que reinaba en
el aposento: sus papeles amontonados sobre el escritorio, los cajones
abiertos, los armarios movidos de
su sitio, todo esto lo dejó estupefacto. Durante un minuto no supo qué
hacer ni qué decir, hasta que por
fin murmuró:

--; Esto es un robo, me han roba-

En el acto lanzó una voz de alar-

ma llamando a la servidumbre. Y cuando todos se dieron cuenta de que efectivamente se trataba de un robo, se miraron desconcertados unos a otros. Nadie había oído nada. Pero el chofer declaró que la noche anterior había echado de menos la llave de la puerta del servicio; no le había dado importancia creyendo que alguien de la servidumbre la había tomado y la había olvidado luego en alguna parte.

—i Será posible que los ladrones tengan un cómplice dentro de la casa ?¡No quiero creerlo! exclamó don Sergio. De todos modos daré

cuenta a la policía.

Doña Ana, que había despertado con el ruido formado por el ir y venir de los criados, bajó también. Venía envuelta en una bata.

- Qué ocurre, Sergio? pregun-

tó a su esposo.

—Que han entrado ladrones anoche y me robaron, respondió don Sergio. Nadie ha sentido nada. Es curioso. ¡A ver, Juan, ordenó a uno de los criados, vaya a ver si los niños han sentido algo!

Juan fué a la habitación que doña Ana había destinado a los huerfanitos. Pocos momentos después volvió y muy azorado dijo a su patrón:

—Señor, los niños no están en su dormitorio; se fueron. Dejaron los trajes nuevos en sus respectivas camas y sin duda se marcharon con sus viejos. Ellos deben de haber abierto la puerta a los ladrones...

-¡Oh, no, no es posible! exclamó

doña Ana.

Don Sergio llamó al chofer y le

11]0:

—Mire, José, prepare el auto y vaya a la 8.a Comisaría y dé cuenta de este robo.

— Vas a acusar a esos niños? preguntó inquieta doña Ana a su marido.

—No tendré necesidad de acusarlos; la investigación misma se encargará de declararlos culpables. Hay pruebas evidentes en su contra.

No tardó en llegar un inspector de policía en el mismo auto de don Sergio. La comisaría sólo distaba unas seis o siete cuadras de la casa. Puesto en antecedentes de lo ocurrido, el inspector examinó la puerta de calle y de paso descubrió un vidrio quebrado, o mejor decir, recortado y sacado de su marco, de la puerta vidriera que daba al vestibulo.

—Recortado con diamante o con algún corta-vidrio. El cristal fué dejado cuidadosamente apoyado contra la muralla. No lo toque nadie; puede tener huellas digitales.

—; Quiere decir que los ladrones entraron sin ayuda de adentro, dijo doña Ana, que no podía creer culpable a los dos huerfanitos.

—Probablemente esperaban ayuda desde adentro. Pero es muy posible que los niños fugitivos se quedaran dormidos y entonces los ladrones procedieron por sí mismos. De modo que la inocencia de esos muchachos es muy problemática, señora.





Los niños se fugaron, dijo el criado volviendo al cabo de unos momentos.

Mientras ocurrían todas estas cosas en el hogar de don Sergio Villela, los dos huerfanitos, llevando a Betún amarrado con un cordel, habían seguido hacia la Alameda por la Avenida España, seguidos por el maleante Celestino.

Amanecía rápidamente. Damián y Paulina siguieron por la Alameda en dirección a la Estación Central. Los primeros tranvías y los primeros autobuses empezaban a pasar por su respectivas líneas y recorridos. Al llegar a la Estación, los niños se encontraron con bastante movimiento de gentes que iban y venían, casi todos comerciantes y obreros que caminaban en dirección a sus puestos y ocupaciones.

Damián y su hermana se sentaron en un banco, cerca de la garita de los tranvías. Betún se acurrucó a sus pies.

— Qué hacemos, Paulina? preguntó Damián.

-Tenemos que ir a Lota. Pode mos preguntar en la boletería de la Estación cuánto vale el pasaje.

—Pero todavía es muy temprano; no sale ningún tren. Tenemos que esperar.

La andada les había dado un poco de calor; pero después de haber estado descansando un momento en el banco de piedra, Damián y Paulina empezaron a sentir frío.

—Es mejor que andemos; nos vamos a entumir aquí, aconsejó Pau-

lina.

Se levantaron del banco y atravesaron la ancha calzada pavimentada que separaba el edificio de la estación con la plaza Argentina donde estaba la garita de los tranvías. El sol había salido y el movimiento había ya comenzado en la ciudad. Mirando a uno y otro lado divisaron en una esquina un pequeno kiosko donde una senora con blanco delantal estaba preparando unas tazas, manipulando una tetera enorme que retiraba de sobre un brasero. Aquella cafetería al aire libre los atrajo como un imán. Una buena taza de café y pan con mantequilla les quitaria el frío y el hambre.

Se acercaron al pintoresco kiosko y pidieron dos tazas de café y pan con mantequilla. Encontraron el café delicioso y se repitieron. Betún se comió un pan. Confortados de esta manera, pagaron y se dirigieron en seguida a la estación. E traron en el salón de las boleterías y viendo a un hombre con gorra roja, un porta-equipajes, lo detuvieron para interrogarlo:

—Señor, le dijo Damián, quisiera que usted nos informara a qué

hora se abren las boleterías.

— Van para el sur o para el lado de Melipilla? respondió el porta-equipajes mirando extrañado a esos dos niños vestidos pobremente, acompañados de un perro.

-Queremos ir a Lota, señor, di-

jo Paulina.

—¡ A Lota! exclamó el hombre de la estación. Eso está muy lejos. Tienen que tomar el nocturno a Talcahuano que sale a las 10.41. O si quieren tomar otro tren más temprano, pueden tomar el ordinario a San Rosendo, pero llega hasta esa estación, no más. En San Rosendo tienen que tomar la combinación a Talcahuano. El tren de San Rosendo sale a las 8.41.

- Y cuánto cuesta el pasaje has-

ta Talcahuano?

—Ahí están las tarifas, replicó el porta-equipajes acercándose a las boleterías en cuyas rejas se veían varios carteles con la lista de los precios. Buscó con la vista la indicación de Talcahuano y dijo: El pasaje por persona hasta Talcahuano vale \$ 44.20.

Los niños se asustaron. Dieron las gracias al hombre de la gorra roja y salieron precipitadamente de la sala. Se apartaron a un sitio donde no se veía mucha gente y allí cambiaron su impresiones.

- Qué te parece el precio del

pasa ie? dijo Paulina.

—Que nunca podremos pagar semejante suma. Apenas tenemos cuarenta pesos: los veinte que nos regaló al morir el pobre caminante y los otros veinte que nos regaló Don Sergio.

- Qué hacemos entonces? insis-

tió la hermana.

—Lo único que podemos hacer es ponernos en camino usando nuestros pies.

—Pero está muy lejos.

-Aunque esté muy lejos, algún día tenemos que llegar allá, declaLos dos Huerfanitos

ró Damián herofcamente. ¡ No te

—Sí, Damián, vamos. Pero antes compremos algo para tener qué comer durante el camino,

A la vuelta de la calle Exposición vieron una chanchería y allí se proveyeron de jamón, de queso y de pan. En seguida, echaron a caminar por al calle Exposición hacia el sur. A cierta distancia seguía Celestino sin perderlos de vista.

El maleante no se había atrevido a ir a avisar a su cómplice, por temor de que se le escaparan los niños con la preciosa chaqueta. Y seguía detrás, tratando de pasar inadvertido.

De este modo Paulina y Damián llegaron a la altura del puente Iquique y siguiendo siempre el camino, atravesaron la línea del tren y continuaron por el camino carretero que corre paralelo a la vía férrea.

Anduvieron por espacio de una hora y se detuvieron cansados. Viendo que el camino se apartaba de la vía férrea, decidieron seguir la misma línea del tren. Así anduvieron media hora más hasta que llegaron a la pequeña estación de Lo Espejo. Durante todo este tiempo Celestino los había seguido incansablemente y, aunque había tenido oportunidad de asaltar a los niños en algún paraje solitario, no se había atrevido a hacerlo por causa del perro, cuvos colmillos conocía perfectamente. En el fondo, Celestino era cobarde; le gustaba robar, pero sin exponer su pellejo. Ya era cerca de medió día. Damián y Paulina sentian mucha hambre, La caminata les había despertado el apetito. Buscaron un sitio más o menos solitario en los alrededores



Paulina y Damián pusieron en el acto manos a la obra

de la estación y se pusieron a comer queso, jamón y pan. Reconfortados con este frugal almuerzo, Damián y Paulina, siguiendo siempre la línea del tren, se metieron por un camino sombreado por el follaje de grandes árboles alineados como soldados en ambas orillas.

Al pasar frente a una pequeña granja, divisaron a una mujer campesina que estaba atareada en el cuidado del cultivo de unas esparragueras. Parecía cansada y sudorosa. Los niños vieron que se agachaba a cada momento para acarrear unas esterillas de totora que extendía encima de unos cajones donde estaban las plantaciones de espárragos. Al momento se les ocurrió a los huerfanitos ofrecer sus servicios. La mujer pareció encantada con aquel inesperado ofrecimiento y Damián y su hermana se pusieron al trabajo.

(Continuará)

HISTORIA GRAFICA



41.— Victima de la traición, el formidable caudillo araucano, Lautaro, cayó herido de muerte en medio de la pelea. Los demás indios, siguiendo el ejemplo de su heroico jefe, murieron todos luchando. Don Francisco de Villagrán quedó dueño del campo.



42.— Las tropas españolas estaban ya por retirarse, cuando llegó al campo de batalla una hermosa india y buscando entre los muertos halló el cuerpo de Lautaro al cual se abrazó llorando. Aquella hermosa india era Guacolda, la esposa del jefe.



43.— Guacolda fué llevada prisionera y murió cautiva, sin olvidar jamás a su esposo que había llegado a ser la encarnación viviente del heroísmo y de las virtudes guerreras de la raza araucana. Mientras tanto, los indios se reunieron en Consejo.



44.— El cacique más anciano propuso elegir "toqui" supremo al guerrero que soportara por más tiempo sobre sus hombros un enorme tronco de árbol. Caupolicán anduvo tres días con el árbol a cuesta y esta hazaña le valió la suprema jefatura.

DE CHILE



45.— Mientras tanto, el virrey del Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, había recibido nogicias alarmantes de Chile y decidió enviar a su hijo don García para dominar a los araucanos, que, encabezados por el nuevo "toqui" Caupolicán seguían la lucha.



46.— Caupolicán, el nuevo caudillo araucano, aunque disponía de un corazón de león y de las fuerzas de un gigante, carecía de las extraordinarias cualidades militares de su antecesor. Dió varias batallas encarnizadas, pen, fué derrotado siempre.



47.— Aparte de las actividades guerreras de Caupolicán, otros graves acontecimientos tenían lugar en Chile, mientras don García Hurtado de Mendoza venía en camino por la ruta marítima, don Francisco de Aguirre reclamó para sí el gobierno de Chile.



48.— Cuando don García llegó a La Serena, lo primero que hizo fué apresar a Francisco de Aguirre y lo encerró en una de sua naves. En seguida, despachó un emisario a Santiago para hacerse reconocer como Gobernador y apresar a Villagrán.

PAGINA FEMENINA

DOS TRAJES PARA NINITAS

- Conjunto de lana azul marino, adoreado con trencilla blanca. La falda con recortes y la chaqueta suelta y recta con cuellito blanco y un bolsillo aplicado.
- 2.— Vestido y paletocito blanco. La falda con godet, como también el paletó, con aderno al hilo en el delantero, formando también los bolsillos.
- 3.— Chaquetita en género de lana color fresa, adornado con cuatro bolsillos recortados. La pollera tableada en lana blanca. La blusa en seda fresa con cuello blanco.
- 4.— Práctico conjunto en lana blanca, con pollera tableada. Chaqueta adornada con recortes pespuntados en la delantera. Dos bolsillos.

RECETAS

Pequeñas delicias

Ingredientes: Redondelitas de tostadas enmantequilladas, 1 tomate mediano, 1 cucharada de postre rayada de cebolla picada, 1/2 cucharada mantequilla, 45 grs. almendras saladas, 1 cucharadita harina, 1 cucharadita salsa tomate, pimienta, perejil.

Procedimiento: Pelar y picar el tomate y picar finamente las almendras. Derretir la mantequilla en una olla chica; agregar la cebo-



lla finamente picada, y cocer esto unos pocos minutos sin dejar que se dore. En seguida, agregar el tomate y cocer hasta que esté blando.

Retirar la olla del fuego y revolver con la harina. Dejar que esto se cueza por diez minutos. Entonces añadir las almendras picadas y la salsa de tomate. Dejar que la mezcla se caliente perfectamente, condimentada con pimienta y servirla sobre redondelitas de tostadas enmantequilladas. Decorar cada redondela con una ramita de perejil.



CAPITULO VIII

Combate de Jasón

Desde el fondo de la caverna en que mora, acude al lugar del sacrificio la tremenda diosa, y van con ella millares de víboras que se enroscan en el foliaje, y perros de la infernal jauría que ladran rabiosos. Al paso de Hécate tiembian las praderas e irrumpen su canto las ninfas, mas todo este estrépito no infunde pavor à Jasón, quien llega a su nave sereno, cuando el sol asoma su redonda faz por encima de las cumbres del Cáucaso.

Para probar la fuerza de sus armas, combate con los más valerosos de sus nautas. Idas es ci primero en atacarle, pero salta la espada de su mano, y unas y otras armas se van quebrando al chocar contra la mágicamente templada del capitán. Hecho este experimento que confirman las promesas de la princesa Medea, el Argo leva anclas, reman los nautas con vigor, siguiendo la orilla del río, y arriban al campo de Marte donde ha de celebrarse el combate, a poca distancia de la ciudad.

Cuando Jasón desembarca, en medio del aplauso de sus compañeros y del asombro de un inmensa muchedumbre que ha descendido por las pendientes del Cáucaso y ocupa el cacio libre entre el río y las montañas, agrupada en torno del trono lavantado para Etas, prodúcese unos instantes de silencio.

El combate se celebrará en una pista en la que giran los regios carros. Jasón avanza precavido, la espada llévala pendiente del tahalí y esgrime la lanza, sosteniendo en la siniestra el escudo recubierto de pieles de toro. Quítase el casco para aligerar la cabeza, clava en tierra la lanza y de ésta cuelga el casco del que extraerá los dientes del dragón.

De improviso, surgen arrojando llamas por narices y hocicos los toros de Vulcano y entre una humareda se lanzan contra Jasón. Los argonautas palidecen al ver el gran peligro que arrostra su capitán, mas los cuernos de las formidables bestias despúntanse contra la adarga. Mugen enfurecidos, v las llamas envuelven a Jasón, pero el hechizo le ha hecho invulnerable. Por la raix del cuerno roto ase a uno de los toros, arrastrándole cual si fuese un corderillo, hasta el arado de macizo metal al que ha de uncirle.

Consíguelo, no sin trabajo, pone la planta sobre la broncínea pezuña, y ejecuta lo mismo con el otro toro, obligándole a doblar la cerviz bajo el yugo férreo y en seguida, con la lanza les aguijonea.

Tanto vigor asombra a Etas y a la muchedumbre. Jasón traza surcos tan hondos que más parecen zanjas defensivas, y cogiendo su Los Argonaulas

casco, toma de él los mágicos dientes y los siembra en la tierra prolífica.

Cuando termina esta labor, el sol ha recorrido ya dos partes de su curso, y el héroe da fin a su tarea desunciendo los toros que, aguijoneados, corren a ocultarse en sus cavernas.

Cástor y Pólux, los ínelitos gemelos, que desembarcaron por si fuera preciso prestarle ayuda a su caudillo, vuelven a la nave y viendo que pasan algunos instantes sin que aparezca la falange terrígena, Jasón también se acerca a la ribera, saca agua con su yelmo y la bebe a grandes tragos para refrescarse.

Vuelve tras breve intervalo al campo de la lucha donde ya los gigantes hijos de la Tierra, han aparecido y siguen surgiendo, de manera que unos ya apoyan las plantas sobre la tierra, y de otros apenas se ven las cabezas. Jasón recuerda los consejos de Medea, mira en torno suyo y descubre una enorme piedra de marmol, que es el disco con que suele jugar el dios Marte, cógelo con facilidad y lo arroja en medio de la turba guerrera.

Núblase aún más la faz del rey ante tanta bizarría, y Jasón, previendo la formidable pelea que se avecina, se tiende en el suelo, y se cubre con su escudo. La lucha comienza entre los terrígenas; despiden su picas relámpagos simultáneos, que no bajan del cielo a la tierra, sino que desde ésta ascienden al Olimpo y toda la llanura semeja un volcán en erupción.

La tierra va acogiendo los cadáveres gigantescos que son como troncos de olmos y encinas que abatiera el vendaval y Jasón se incor-

pora, desenvaina su espada y aco-

mete a los gigantes.

Los terrígenas ya están fuera de combate, y el rey, meditabundo, medita la manera de eludir el compromiso que contrajo con Jasón, pues no puede negar la victoria de éste.

Medea no ha sido testigo del formidable combate, pero sabe pronto el resultado, teme la indiscreción de sus doncellas, y horrorizada ante el castigo que pueda imponerla su padre, vacila qué debe hacer.

Juno la sugiere la idea de abandonar el palacio y refugiarse en el Argos, buscando la protección de los valerosos nautas, como lo hizo

ya en sueños.

No quiere alejarse de la Cólquide sin antes penetrar en el templo de Hécate. Desolada y miedosa corre hacia las orillas del Fasis, indicándole unas hogueras el lugar en que se hallan los argonautas. Los Argonautas

Estas las encendieron para exteriorizar su júbilo. Ante el resplandor Medea distingue a los argonautas.

Trémula, lanza un grito penetrante llamando a los hijos de Frixo. Jasón, que reconoce la voz de Metea, da la orden que se reme con todo vigor hacia la orilla, pero antes de atracar, salta a la ribera, seguido de Argos y Frontis.

Ante los tres hombres, se postra la princsa y abraza las rodillas de

Jasón, exclamando:

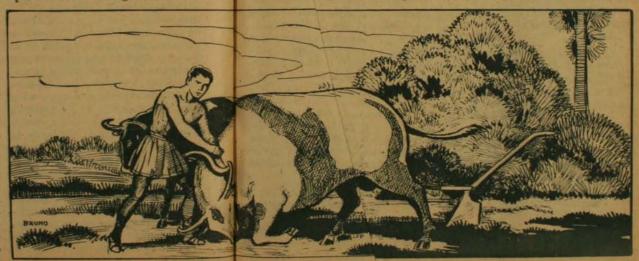
—Huje, si quieres salvar mi vida, la tuja y la de tus compañeros. Aparejac la nave. Yo prometo entregarte 4 vellocino de oro, y para eso cerrat los ojos del dragón.

Medea crece ayudarle a rescatar el vellocine para la cual cerrará los ojos del drajón que le custodia; pero antes exze al caudillo le ratifique la projesa que espontáneamente le hiz de hacerla su esposa. Jasón replica gentilmente:

—Serás mi esposa si logro llegar a Grecia contigo, y como tal te aclamarán el pueblo y la corte.

Conduce a Medea a la nave, donde ella ordena que leven el ancla y que boguen los remeros sin descanso. Tal vez sea posible llegar al bosque sacro antes de que despunte el alba. Ejecútase todo según sus deseos, y cuando aun no comienza a lucir las primeros fulgores del sol, el bajel atraca en un paraje, lugar donde Frixo edificó el altar para la inmolación del carnero.

Desembarcan únicamente Jasón y la princesa, que es conocedora de la oculta senda que conduce a la encina colosal, de la que cuelga la áurea piel del carnero maravilloso. El vellocino esplendece como un astro, y aseméjase a una nube blanca de estío cuando la doran los primeros rayos matutinos, De súbito, hiende los aires un estridente silbi-



Tomando al tore - cuernos, con fuerzas sobrehuman se hizo doblar la cerviz.

do, cuyo eco, aumentan repitiéndolo, las concavidades del Cáucaso, que se estremece desde la falda hasta la cumbre. Es el dragón que ruge despierto, y al descubrir a Jasón y Medea, alarga el cuello, enrosca la cola, que está cubierta de escamas, y lanza un grito feroz que hace temblar a la comarca y al orbe.

bas aguas del Fasis, agitadas, desbórdanse por ambas orillas, y hasta el Araxo, su afluente, se hincha y rugen las olas del mar que se elevan como montañas. Aún mayor es el pánico que invade a toda la Cólquide, pues las ondas marinas, que se retiran dejando secas las playas en gran extensión, vuelven después gigantescas y amenazadoras. Los hombres fuertes temen que a sus pies se abra el abismo.

Mas el terror no sobrecoge a Medea, que se adelanta, y con dulce voz entona armonioso cántico invocando a Morfeo, dios del sueño, para que paralice las fauces del monstruo, y haga que el sopor cierre sus ojos.

El dragón aplácase unos instantes, pero de pronto, desenrosca su cola, abre las fauces, y amenaza tragarse al caudillo y a la princesa, la cual, sin perder un instante, corta la rama de un enebro cercano, y moja sus hojas en una droga narcótica que trae consigo, a la vez que continúa su canción de beleño. Por fin, el monstruo se desploma, y Medea ordena a Jasón que trepe por la encina, aprovechándose del sopor del gigantesco centinela, al que ella continúa adormeciendo.

Ni tardo, ni perezoso, obedece el capitán, descuelga el vellocino, y corre veloz hacia su nave, seguido a corta distancia por la princesa. La obscuridad de la noche ilumina la resplandeciente piel, cuya lana ondea como guedejas de cabellos fúlgidos, mas temiendo Jasón que sus destellos puedan atraer algún héroe o semi-diós, deseoso derobarla, la dobla para ocultar su brillo.

Los argonautas se deslumbran al ver el vellocino, Jasón la esvuelve en manto de seda, y lleván ola hacia popa, la oculta bajo cuperta.

La aurora asoma en el firmamento, y todos agrupados en orno de su jefe, le ruegan que discensa la partida, ya que se ha logrido el objeto que allí los trajo.

-Es verdad que nadanos retiene en la Cólquide -die Jasón-, pero si hemos vencido, e gracias a esta excelsa princesa que eligió a vuestro jefe por espose Mas no todos los peligros estár conjurados, pues es seguro que ltas, cuando descubra el robo del ellocino, saldrá con su ejército con su flota, a cerrarnos el paso el Fasis hacia el mar, y entonces cda remero tendrá que trocarse enin combatiente. Animo, nautas! | la mitad de vosotros debe coger le remos, y los demás los escudos, or si llega el instante de la luche y nos acometen! En vuestras maps está que Grecia nos corone de lareles al vernos llegar triunfador, o llore la triste suerte de los Jroes que vió partir para la conquita del vellocino de oro.

Adelántas desenvaina su daga, y por su mão corta la amarra que sujeta al Aão por la popa a tierra, y Anceo agrra el timón, para dirigirla rum al mar.

(Continuará)

PASATIEMPOS

Adivinanzas

1.—En las guerras soy la alegría; y muchos andan en mi; ya millares de señoritas yo mi nombre les dí.

2.— Yo me encuentro en muchas (partes:

y a muchos un nombre doy; pero en Alemania valgo más de lo que aquí soy.

Charadas

1.—Prima, tercera, animal, segunda tercia animal europeo; segunda prima, en el bote; mi todo es apellido.

Charada ilustrada,



A Similar Molud

Jeroglifico

2.— Segunda tercera, es el mundo; prima segunda, para hacer andar a los bueyes; segunda, nota musical; cuarta, nota musical; mi todo un apellido. Sol.

Solución a entretenimientos del N.º7

Adivinanzas .- 1) El silencio .-

2) El volantín.

Charadas. - 1) Mateluna.

2) Armario.

Charada ilustrada.—Caballeriza, nor Sin Nombre.

Jeroglífico, por Arpe.— Soledad. Jeroglífico por Alej.— Cóndor.

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10

PUZZLE

Horizontales: 2. Dueño, propietario.—3. Libro li-tárgico.—4. Estado de EE. UU.—5. Nombre masculino.—6. Flor.—7. Nombre femenino. .—8. Organo del cuerpo humano.—9. Altar, mesa.—10. Punto fijo desde donde empjeza el cómputo de los años.

Verticales: 1. En el dormitorio. — 2. Medida de longitud. — 3. Forma verbai. — 4. Dignidad religiosa. — 5. Composición poética. — 6. Asalto que efectuaban tos indios araucanos. — 7. Capital de un célebre archipiélago del Océano Pacífico. 8. Ciudad de la India. — 9. Uno de los cuatro ele mentos. — 10. Antiguo soberano ruso.

CAPITELO, VIII



1.— La manada de novillos se abalanzaba sobre Jeff y Jim que permanecían en el camino sin poder apartarse a un lado. Jeff disparó su revólver e hirió al toro guía.



2.— El toro guía estuvo a punto de caer, Jeff saltó sobre su Iomos al tiempo que gritaba a Jim: —¡Sube y agárrate de mil! El niño saltó sobre el toro detrás de Jeff.



3.— Haciendo un esfuerzo, el toro siguió corriendo en medio de la manada, llevando a Jeff y a Jim sobre su lomo. La situación coatinuaba siendo muy peligrosísima.



4.— Pero al divisar la rama de un árbol, Jeff dijo: —Agârrare de mi y no sueltes, Jim! En seguida, al pasar bajo la rama, e joven cowboy levante ambos brazos.



5.— Sus manos se aferraron a la rama salvadora y quedó colgando en el vacio, sosteniendo a Jim sobre sus espaldas, mientras la manada de novillos proseguía su carrera.



6.— Por in, cuando el último animal de la manada pasó de largo, Jeff se dejó caer al suelo coi sus brazos doloridos por el tremendo equerzo que había hecho.

a Henson ? E



7.— La manada fué arreada intencionalmente sobre nosotros, explicó a Jim. En eso sintieron el resonar de cascos de caballos.

—; Alguien se acerca, murmuró Jeff.



8.— Agazapados detrás de la enorme roca pudieron ver que se acercaban tres jinetes. —¿Los conoces, Jim? preguntó Jeff al muchacho. —No los conozco, contestó el niño.



9.— Los tres jinetes se detuvieron como a cien metros de distancia y uno de ellos dijo en voz alta: —¡Creo que la manada debe haber dado buena cuenta de Jeff y de Jim!



10.— Jeff los miraba con ojos furiosos. Se volvió hacia Jim y le susurró al oído: —Parece que esos bribones están esperando a alguien. Esperemos con paciencia, Jim.



11.— Durante una hora, que les pareció larguísima, Jim y su amigo Jeff estuvieron esperando ocultos detrás de la roca. Y de pronto aparecieron dos hombres a caballo.



12.— ¡Es mi papá y lo traen amarrado! murmuró Jim palideciendo. —¡El ranchero perdido! dijo Jeff. ¡Buena ocasión para rescatarlo y castigar a esos bribones!

(Continuara)



RECUERDE: Santiago Merande, su tio materno Juan Saivere y un antiguo compañero de colegio llegan al Africa en busca de un tesoro escondido por Felipe Merande, tío paterno de Santiago que ha sido assesinado por unos bandidos. Después de haber sostenido una terrible lucha con los tuares, llegan a la ciudad negra de Tombuctú donde el señor Pricam, amigo de Felipe Merande los recibe afablemente. Luego llega el árabe Ahmed, amigo de Pricam y los invita a su casa donde les muestra una carta escrita por Felipe en los últimos instantes de su vida.

CAPITULO VI

Hacia el Tesoro

Santiago Merande tomó la carta que le entregó Ahmed y leyó horrorizado lo siguiente:

"Muero a manos de Robert Stanton, de Christidi y de Franz Slutter. Estos hombres no tenían ningún motivo de odio en mi contra. Me han concedido una hora de gracia con la esperanza de que les revele un secreto que les daría una fortuna. Sé que aunque les revelara este secreto, siempre me matarian. Acuso, pues, a Stanton, a Christidi y a Slutter de ser mis asesinos y llamo contra ellos la venganza de los hombres. Felipe Merande, en el desierto de Chual.

Los ojos de Santiago se humedecieron. El joven veía en su imaginación a su pobre tío herido, afiebrado, esperando la muerte sobre la tierra quemante, y a las fieras que habían ordenado su muerte. Un furor de venganza prendió en su corazón. Besó el papel donde vivían los últimos minutos de su tío y en seguida entregó el papel a su tío Juan.

— Lo vengaremos, verdad tío? dijo Santiago con voz temblorosa

de emoción.

—Lo vengaremos, replicó el hombre de ciencia con voz serena y enérgica.

Al día siguiente por la mañana, Pricam avisó a sus huéspedes que había llegado Kunú, uno de los dos fieles guías que habían servido a Felipe Merande.

Kunú era de elevada estatura, delgado y flexible como un bambú, negro como la noche, pero de rasgos finos, regulares e inteligentes como los de las estatuas de reyes que se encuentran en las ruinas de los templos del viejo Egipto.

Santiago Merande contempló al negro con viva simpatía y le preguntó:

- Hablas francés?

—Sí, desde niño, respondió Kunú.

—Kunú, prosiguió Santiago, sé que has sido para mi tío Felipe un compañero admirable y sé también que no lo hubieses abandonado en el último instante de su vida si él...

—; El lo quiso! Niembé y yo estábamos dispuestos a morir por él! exclamó Kunú con aire solemne.

Santiago tendió la mano al negro

sudanés y le dijo:

-¡Jamás lo olvidaré!

Este gesto y estas palabras parecieron causar gran impresión en Kumú, que respondió estrechando enérgicamente la mano de Santiago:

-Kunú no tiene dos corazones.

Hubo silencio conmovedor. Salvere lo interrumpió para decir:

- Conoce Kunú a los asesinos

de Felipe Merande?

-Eran tres blancos ayudados por negros y por un árabe. Nos siguieron por espacio de diez días. Conseguimos despistarlos por dos veces, pero por dos veces también volvieron a descubrir nuestras huellas. Por fin fuímos rodeados por un centenar de hombres entre los cuales habían varios blancos. Enviamos un parlamentario. Lo mataron. No nos quedaba otro camino que la lucha o la huída. Niembé y yo no queriamos abandonar a nuestro amo. Algunos de los nuestros trataron de escapar, pero sólo dos o tres únicamente lograron atravesar las líneas enemigas; los demás perecieron. Los que quedábamos seguimos sosteniendo la lucha por espacio de dos días. El enemigo cerraba cada vez más el círculo. Al llegar la noche, nuestro amo nos ordenó que nos desbandáramos y tratáramos de romper el cerco. Tuvimos que obedecer. Nos confió a Niembé y a mi las cartas que había escrito y a favor de las sombras nos deslizamos fuera de nuestro campamento. Niembé y yo logramos salir sanos y salvos de la aventura. Nunca volvimos a ver a nuestros demás compañeros. Esto es todo.

— Te atreverías a llevarnos al sitio donde murio Felipe Merande?

preguntó Santiago.

— Por qué no?
—El peligro es grande, Kunú.
Ya ves que estuviste a punto de perecer.

— Escrito está que aquel que cree huir de la muerte marcha a menudo hacia ella, respondió Kunú.

- Nos acompañarás?

-Sí.

—Está bien, Kunú. Si logramos llegar a la meta y conseguir nuestros propósitos, yo te haré rico, Kunú.

—No es necesario... pero si así lo quiere el sobrino de mi amo, así

sea:

- Puedes reunirte treinta cargadores y veinte guerreros? pre-

guntó don Juan Salvere.

-Puedo reunir treinta cargadores y veinte guerreros en Tombuctú y Kabara. Espero también hallar a Niembé; le gusta el viaje y el peligro. ¿ Lo aceptarán, verdad?

—Sí, sí; todo lo que hagas estará bien hecho, Kunú Confiamos en ti.

-Pondré toda mi alma, di jo Kunú con sencillez.

Y cuando el gigantesco sudanés se alejó, don Juan Salvere declaró convencido:

—Es un hombre en quien se puede tener absoluta confianza. Si Niembé vale la mitad de lo que vale éste, puede decirse que tenemos asegurado el éxito de nuestra expedición.



A favor de la noche, los dos servidores negros se dealizaron fuera del campamento.

A orillas del Lago Rojo, la llama de una gigantesca fogata lanzaba sobre la pradera una claridad anaranjada que parecía ensancharse en forma de abanico, haciendo centellear la superficie del lago. Salvere, Santiago y Gabriel estaban sentado en un lugar desde donde dominaban el paisaje: dos negros les servían un trozo de asado de antílope en unos platos de madera.

—; Por Livingstone, exclamó Gabriel Montrose entusiasmado, este cocinero negro sabe bien su oficio! ¡Nunca había probado yo un asado tan sabroso.

Y mientras los tres amigos saboreaban el exquisito asado de antílope, vieron llegar junto al lago a una vanguardia de elefantes. El campo temblaba al paso de los formidables animales y los expedicionarios contemplaban llenos de emoción el movimiento de aquellas verdaderas rocas vivientes. Más atrás venía el grueso del rebaño.

- Por lo menos son doscientos!

exclamó Santiago lleno de admiración.

—Como si dijéramos un rebaño de dos mil caballos o un ejército de catorce mil infantes, dijo don Juan Salvere.

Unos formidables berridos resonaron en la llanura como si desgarraran enormes membranas sonoras. Un grupo de elefantes se detuvo ante la roca sobre la cual los expedicionarios habían formado el campamento.

—¡Diablo! murmaró Santiago sin poder evitar un estremecimiento. ¡Si no estuviésemos fuera de su alcance no me parecería tan admirable el paisaje!.

—Imaginemos a nuestros antepasados de las cavernas, dijo Gabriel Montrose, empuñando sus mazas, sus lanzas defectuosas o sus hachas de piedra y haciendo frente a semejantes animales...; Tan solo de pensarlo me pone la carne de gallina y... me da hambre!

La luna apareció enorme y roja,

elevándose rápidamente sobre el horizonte, iluminando el grandioso rebaño de elefantes.

—¡ Cómo mueven las trompas! dijo Santiago. Parece que fueran brazos. Se me figura que si los elefantes hubiesen tenido dos trompas, habrían sido los reyes de la creación y habrían dominado la tierra.

—¡Y pensar que los hombres están exterminando a esta raza de gigantes!¡Algún día se arrepentirán de estas matanzas! declaró Gabriel Montrose pensativo.

—Las leyes naturales son más fuertes que nuestra voluntad y sólo Dios puede moderar el ímpetu agresivo y destructivo del hombre, dijo don Juan Salvere.

 Nunca he comprendido, agregó Santiago, por qué el hombre en su afán de utilizar las riquezas naturales extermina las fuentes que produce esas riquezas. Matan a los elefantes para utilizar el marfil; pero cuando el último elefante haya desaparecido, ya no habrá más marfil. La carne del bisonte era excelente y su joroba proporcionaba un plato exquisito; pero ya casi no hay bisontes. Las pieles de ciertos animales son consideradas con justicia un abrigo magnífico y elegante para nuestras damas; pero parece que estos animalitos están desapareciendo más rápidamente de lo que parece. Todas estas cosas son tesoros que se perderán para siempre.

—El mal está, replicó don Juan Salvere, en que los hombres no se saben servir del individuo animal sin sacrificar la especie. ¡Y sería

tan fácil aprovechar el individuo conservando las especies!

En la enorme copa del lago, la luna derramaba sus rayos plateados; una brisa cargada de efluvios aromáticos empezó a soplar a través de la planicie; los árboles y los matorrales parecían cantar a la vida inagotable. Y en medio de la apacibilidad de aquella noche africana, los viajeros se durmieron con un sueño reparador y tranquilo.

Al día siguiente, al despertarse los viajeros con los primeros rayos del sol, vieron que los elefantes estaban todavía allí y paseaban de un lado a otro, haciendo resonar sus trompas o bañándose con las duchas que se daban a sí mismo por medio de sus propias trompas.

—¡Diablo, exclamó Montrose, si se quedan aquí no nos dejarán movernos!

—No creo que se queden por mucho tiempo, dijo don Juan Salvere.

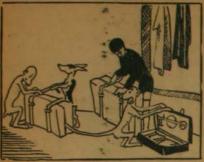
Pero esta declaración no apagó la inquietud reflejada en los ojos de todos los presentes.

— Y si no se quieren ir? preguntó Santiago. Por el momento parece que no tienen la menor intención de moverse de aquí. Mientras tanto, podemos ser descubiertos por los enemigos que mataron a mi tío y que sin duda deben andar al acecho.

—Tienes razón, dijo don Juan pensativo. Esperaremos hasta que sea el medio día. Entonces... tendremos que discurrir un medio para alejarlos.

(Continuará)

Lamentos, llantos y gritos,



1.—Pepito por la carta recibida, logra dar con la pista apetecida y prepara en esguida el equipale, que precisa en su próximo viaje.



2.—Pepito se despide de sus padres, que le dan muy buenos consejos. Y llega Don Martín, que hoy estrena chistera y levita.



3.—Cuidadito, — que a mi no me la pegas — le dice Don Martin a Tragaleguas — tú te quedas cuidando la oficina y a ti te cuidará doña Gallina.



4.—Los padres de Pepito y sus amigos van a despedirlos aigo affigidos: Ten cuidado, no seas imprudente, le dice la mamá amoroamente.



5.—Y llegada la hora parte el tren, quedando la familla, agitando pañuelos y sombreros, que así despiden a los viajeros.



6.—Van a embarcar. No ocultan su contento; y Don Martín mirando al firmamento, ve un aeroplano o cosa parecida. Pepito también mira y luego grita:

se han perdido los negritos!



7.—¡Don Martín! ¡Si es Tragaleguas, al que trajo hasta aquí en , sus alas negras nuestra amiga valiente y heroina! En efecto, allí está doña Gallina.



8.—Embarcan todos, y sobre cubierta, forman un grupo en el que nadle acierta. Qué papei desempefia cada uno en torno a Chochi con cara de tuno.



9.—Ya en alta mar, el barco anda que anda, unos peces se asoman por la banda. Chochi les hace burla y los monitos se exceden en sus gestos.



10.—Ya estan en el puerto.
Unas barcazas recogen el pasaje
y llevan trasa de scubar en seguida, pues tal prisa imprimen al
transporte que dan risa;



11.—Unos moros recogen las maletas y atraviesan por calles y callejas, seguidos de Pepito y Martín Galas, y la gallina con sus negras alas.



12.—Ya están en el hotel; ya las maletas sobre las elllas han quedado abiertas, mientras los monos. Chochi y Tragaleguas, miran el campo de las cien fanegas.



OTORAL

Vagabundo vientècillo del otoño, que como a las hojas arrastra a mi fiusión; triste plegaria que a mi ser asombra y que tiene apariencia de oración.

En el árboi sin hojas cual mi vida el viento rie como de mi corazón; sin piedad-el destino a traición lacera aún la esperanza que queda en mi cancion.

Rubia tristera de este otoño frio, como una ley que nunca se olvidó presurosos acuden mil recuerdos y crece dentro del pocho la emoción...

y de otoño mi vida está colmada, ruína de luna, centra que es vestigio de liusión Fué en Otoño, sin sol, enfermo y mustio cuando se rompló mi corazón...

NIEBLA

Otofio, 1941.

FLORES Y RECUERDOS

¡Claveles aurorales! siempre gloriosos; sobre el Recuerdo — como un rosicler de bendición — levantan un huracán de tréboles y flautas...

Y... de nuevo resucitan las horas idas, con el ardor primero de la adolescencia, en que cada flor era una estrella y cada retazo de

luna, una esperanza...

Claveles sedeños y matizados! En la roja crus de mi coratón ya envejecido, con apariencia de una nueva Primavera que tiene rumor de agua fresca y al azul eleva su remera canción, se confía a mi ser entero con la intacta gloria de la hora felis en que esos ciaveles fueron sagrarios de Ilusión, barquillas traviesas de poesía en cuyas velas biancas el signo de la esperanza sacudía el penacho de una azul idealidad...

¡Claveles aurorales! púrpuras esparramadas por el triunfo fiel de un recuerdo imborrable! rosicler augusto — en un nimbo de fioración y claridad — tejen para mi corazón el poema sablo, a cuya virtud mi errevive la añoranza más dulce y más feliz... MALVA OVALLE DE LA CRUZ

HOJA ESMERALDINA

Sóliloquio feliz que — en anunciación divina, interrogante — describe al viento de la tarde un signo de pas y poesía, la campana derrama sus sones, que en una niela irisada envuelve al corazón, vertiendo en la pulcritud diáfana de su plegaria cantarins, todo un sueño lírico, aigo así como la felicidad que pone al luna de trigo de la comunión en un alma atormentada y triste...

Canción de la campana huéríana y gozosa; cual alondra herifia, en un afán de cielo, rasga ei silencio de los crepúsculos, es
como si en la onda silente de la tarde, un
cohete musical trizara la cruz infinita, echaras en el búcaro de luz y armonía, el triunfo de una gioria desconocida, la anunciación
que absorve, la meditación que enerva, la
canción que estimula y que con mana de flor,
ahre sobre los corazones dormidos el evangello, cuya luz no nacida irradia el pensamiento de Dios hecho un verso, un manojo
de iuna o ritmo de sgua que no sabe si coplar el cielo de primavera e el tierno coloquio de las flores.

Romance rosa de la campana... página de esmeraida en un Album de amor... tibia oración en la tarde que se aleja... breviario de luz en mi canción sentimental...

MARYNE DA LER

TREBOL

Hace años que tengo un verso en el fondo de mi alma... Fuente de milagro llena que vá cantando en palabras..

Y si tardo en escribirlo, miedo tengo a que es vaya, el cielo se haría negro... se extinguiria mi lámpara...

La tristeza va sonando a modo de una campana: sagrazio en el pecho triste, ya se rompieron mis alas, Son los badajos las penas que recojo en la otofiada: hecha una nota o un cirlo yo estoy junto a esa campana...

Crepúsculo de oro y rosa vaso de miel y de grana pensando lo que no importa estoy junto a mi ventana...

Las gentes pasan y pasan sin corazón y sin alma. Unas rien de mi pena, otras, miran la ventana.

MIREYA



En la capital de un reino de China, muy rico y de vasto territorio, había un sastre llamado Mustafá, pobre y cuyo trabajo apenas le daha para mantener a su mujer y su hijo.

Aladino, tel era el nombre del hijo del sastre, se había educado en el más completo abandono, y por lo tanto adolecia de grandes defectos. Desobediente a sus padres y aficionado a la holganza, pasaba los días enteros fuera de su casa jugando con otros muchachos de su edad.

Quiso el padre enseñarle a manejar la aguja, pero no pudo conseguirlo de gra lo ni por fuerza, y Mustafá afligido desistió de su empeño. Pasaba el tiempo cavilando qué sería de él cuando ya no existiera. Después de muchas preocupaciones por el porvenir de Aladino, quien se negaba a seguir un oficio, fué atacado de una enfermedad que lo llevó al sepulcro.

La madre de Aladino que conocía la inutilidad de su hijo, cerró la tienda, realizó los géneros y herramientas, con cuyo importe, y el de su trabajo, en hilar algodón, esperaba pasar una vida modesta pero tranquila. Con la muerte de Mustafá quedó Aladino en la más completa libertad para seguir sus inclinaciones y así, a los 15 años era el muchacho más travieso y malo del pueblo.

Cierto día, que jugaba en la plaza, como de costumbre, con otros chicos, se aparece un extranjero, mágico africano que paseaba por ahí.

Ya sea que notase en Aladino los signos característicos del muchacho que necesitaba para sus planes, o ya que viese en él las disposiciones que se requerían, es lo cierto que el africano llamó a Aladino aparte y le preguntó si era hijo del sastre Mustafá. —Sí, señor, —respondió el joven; pero mi padre hace mucho tiempo que murió.

Al oir estas palabras, el mago africano se arrojó al cuello de Aladino, abrazándole y llorando con amargo desconsuelo. El muchacho le preguntó la causa de su aflicción y entonces le dijo que reconociese en él a su tío, que era hermano de Mustafá, y que de regreso de un largo viaje esperaba verlo y en cambio recibia de repente la triste noticia de su muerte. El extranjero se informó en seguida del sitio en que vivía la madre de Aladino v dió a éste un puñado de monedas para que se las llevase a la viuda, asegurándole que iría a verla pron-

Aladino al separarse del supuesto tío fué corriendo a buscar a su madre a quien refirió la aventura, pero la buena mujer no sabía que existiese tal pariente, pues el único hermano que tuvo su difunto esposo había fallecido hacía algunos años.

Al otro día se apareció de nuevo a Aladino el mágico africano el que dió a su sobrino, como le llamaba, algunas monedas de oro para que las llevase a su madre a fin de que dispusiera una comida a la que pensaba asistir. ladino, o la Lámpara Maravillosa



Aindino Jagaba con otros muchachos en la

La viuda de Mustafá hizo preparativos para recibir dignamente al hermano de su esposo. Apenas estuvo todo listo, llamaron a la puerta. Aladino se apresuró a abrir v entró el africano cargado de hermosas frutas.

Luego se dirigió a la viuda v al

saludarle le dijo:

-No extrañes, hermana, el no haberme visto antes. Hace cuarenta años que salí de este país que es el nuestro. He viajado por Asia y por Africa, donde he permanecido mucho tiempo, hasta que llegó un día en que sentí vivos deseos de volver a mi patria. Son infinitas las contrariedades y grandes los peligros que he arrostrado hasta tocar el término de mi viaje, y figúrate cuál habrá sido mi pena al saber la muerte de mi amado hermano.

El mago africano se apercibió del efecto que estas palabras hacían en la viuda, y cambió de conversación, preguntando a su sobrino cómo se llamaba.

—Aladino, respondió el mucha-

- Y bien Aladino!, ¿en qué te

ocupas? ¿ sabes algún oficio? Bajó Aladino los ojos avergonzado, y entonces su madre tomó la palabra para decir que era un holgazán y que su padre no había podido sacar fruto de sus consejos, y que ella se veía obligada a trabajar continuamente para mantener las obligaciones de la casa, y que estaba decidida a cerrar a su hijo las puertas de su hogar, para que se fuese a otra parte en busca de fortuna.

—Eso que tú haces no es razonable, Aladino, - dijo el africano; es menester ayudarse para ganar la vida, y yo quiero darte los medios de que seas hombre de provecho. Hay muchas ocupaciones y diversos oficios; si el de tu padre te disgusta, elige otro, por ejemplo el de comerciante. Si lo aceptas, estoy dispuesto a ponerte al frente de una tienda de ricas telas; con el dinero que ganes puedes comprar otros generos, y de esta manera reunirás con paciencia, honradez y trabajo, una fortuna que te aleje de la miseria

Esta proposición halagó el amor propio de Aladino, que aborrecía, en efecto, toda clase de trabajo manual y aceptó de buena voluntad la promesa del africano, el que le ofreció establecer la tienda en el corto parte de dos días. Ya la viuda de Alastafá no dudó que el mágico fuese a manual del difunto al ver el bien que ba a dispensar a su sobrino.

Camdo Aladino se vió transformado c o n tanta ventaja, no tenía palab as bastantes para expresar su gratitud al mágico, quien lo
llevó consigo a casa de los mercaderes más ricos de la ciudad. Luego regresó llevando a Aladino a su
casa. Grande fué la felicidad de la
viuda de Mustafá al ver a su hijo
vestido de aquella suerte, y bendijo mil veces al mágico por su generosidad, asegurándole que Aladino
sabría corresponder a ella.

El africano aplazó un día más el establecimiento de la tienda prometida bajo pretexto de que el Viernes estaban todas cerradas, pero añadió que aprovecharía esta circunstancia para pasear con Aladino por los jardines de la ciudad a fin de que empezase a acostumbrarse a la vista y al trato de las gentes de alta sociedad. Así se convino con gran contento del joven, que lleno de impaciencia se vistió muy de mañana al día siguiente y al veral africano corrió a reunirse con él.

—Vamos, hijo mío —le dijo a Aladino, hoy quiero que veas lo más notable de los alrededores de la ciudad.

Salieron por una puerta que conducía a un paraje poblado de magníficos palacios y jardines, y avanzando siempre entraron en un jardín, bello como ninguno, sentándose ambos en el borde de un estanque para descansar un momento. El astuto africano sacó de un ancho bolsillo, frutas y pasteles que dividió con Aladino, y concluído el pequeño refrigerio prosiguieron marchando insensiblemente hacia adelante hasta llegar cerca de unas altas y escarpadas montañas. Aladino, que nunca había andado tanto se sintió muy cansado y preguntó con temor:

—¿ A dónde vamos, querido tío? Si avanzamos más creo que no tendré fuerzas para volver a la ciudad.

—¡ Animo! —replicó el mago, deseo que veas un jardín que sobresale de todos los que hemos visto, y ya queda poco camino. Cuando estés dentro de aquel paraíso olvidarás las fatigas de la marcha.

El joven se dejó persuadir y llegaron a un paraje situado entre dos montañas de mediana altura divididas por una cañada de corta extensión, paraje elegido por el mago africano para llevar a cabo el gran designio que le había impulsado desde el fondo del Africa hasta la China.

(Continuará)

¿En qué interesante aventura se embarca Aladino? V e a nuestro próximo número.

Damos este cuento a pedido de numerosos lectorcitos que desean leerlo nuevamente.

CORRESPONDENCIA

Cheche.— Ud. progresa en el dibujo, pues los que nos remite ahora son mejores. Los publicaremos.

Malva Ovalle.— Su carta llena de palabras de aliento y felicitaciones para "El Colegial", nos colma de optimismo y creemos al igual que Ud. que llegaremos al triunfo que nos augura. Con agrado la acogemos entre nuestros colaboradores como también a su amiguito quien puede enviarnos lo que desee. Quedamos en espera de sus nuevos trabajos. En la página titulada "Vergel Infantil" se darán los mejores trabajos literarios de nuestros amiguitos.

Alej.— Pronto verá publicado su dibujo. El anterior está entregado. Respecto a la idea que tiene para organizar mejor la sección colaboradores la encontramos muy, aceptada y oportunamente escribiremos a Ud. al respecto. Siga con el mismo entusiasmo y trate de organizar Ud. entre sus conocidos este pequeño centro.

Princesita.— Verá publicadas en "El Colegial" las adivinanzas que nos envía. Las agradecemos.

Luis y Hernán Gálvez.— Agradecemos igualmente a Uds. las adivinanzas que remiten y quedan agregados al grupo de colaboradores que ya tiene "El Colegial".

Tio Atilio.— Los problemas y el cuentecito que envía son buenos y pronto los verá publicados en nues-

tra revista.

E. Gallardo.— Gracias por sus felicitaciones tan entusiastas. Se darán los versos que nos envía. Es-

peramos su visita.

Raquelita.—, Tanto le gusta "El Colegial" que desea no perder ningún ejemplar? La suscripción al año vale \$ 50.— y por seis meses \$ 25.— Desde Osorno puede Ud. remitirnos el diuero por giro postal o telegráfico a nombre de Director de "El Colegial", Casilla 6562, Santiago.

Copihue. - Envie la fotografía y

será publicada.



GALERIA DE

"EL COLEGIAL"





HUGER Y GUILLERMI'

GERMAN GUAJARDO B.

LUKA I FAUNA DE CHILE



CABABO NEGRO CALOSOMA VAGANS

Este modesto insecto, tan útil, pertenece al Orden de los Colépteros familia de los

Carabidos. Su alimentación consiste, tanto en su vida larval como adulta, en larvas de insectos. Los servicios que presta al hombre son inapreciables. Este insecto destruye una cantidad muy grande de larvas de insectos perjudiciales, especialmenté en la Chacarería en donde se nota más este servicio, busca con avidez las larvas conocidas con el nombre de cuncunillas y las devora con verdadera avidez, librando de este modo a las chacras de tan temido enemigo de los campesinos. Explorando en Lonquimay un pequeño campo de cultivo, me encontré una larva de Calosoma vagans que luchs,ba con otra de mariposa liamada vulgarmente cuncunilla. La larva se encogia y estiraba como un resorte levantando por el aire a su victimaria, pero ésta no la soltaba, al contrario, parecía que más empeño ponía en asegurarla mejor con sus robustas mandibulas que parecian dos fuertes tenazas, hasta que, agotada la larva de la mariposa, la larva de calosoma principió a devorarla con ansia a su victima. Ese mismo día tuve ocasión de observar en el mismo lugar ejemplares adultos de Calosoma que devoraban con la misma avidez larvas de cuncunillas.

Luego este insecto es muy útil y merece rotección

LAURELIA AROMATICA SPRENG Familia: MONIMIACEAS

La zona de propagación del laurel - en araucano, tihue - comienza en el paralelo 34 y se prolonga hasta Puerto Montt. Mas al sur y en la cordillera es desplazado por el huahuan.

El laurel no se halla reunido formando bosques; sin embargo, existen en los bosques mixtos agrupaciones de 50 a 200 ejemplares.

Este árboi que alcanza unos 30 metros de

altura, prefiere suelos profundos, en que puede anciar bien sus raices. De su existencia hace depender el agricultor la bondad y calidad del terreno. Tal como el boldo, también se encuentra

el laurel en un período de evolución regresiva, las escamas glandulosas de las flores femeninas representan los rudimentos de antiguos estambres. La separación de sero en las flores impide una polinización propis.

El talamo ensanchado tema parte en la formación del fruto. La copa se ensancha aun más y se pone leñosa después de algún tiempo. Los lugares de inserción de las glándulas y escamas son aún más perceptibles en forma de pequeñas cicatrices. El fruto se abre en la madurez en cuatro partes, dando salida a las numerosas semilias

Muchas construcciones del sur de Chile dependen en gran parte de la existencia del laurel-y de su pariente más cercano, el huahuán (1. serrata). Las vigas interiores de las casas se construyen por lo general de madera. esta

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).



ANGELINA Y LOS MELLIZOS



1— La nueva cocinera Catalina se gasta un corazón duro y grotesco; si a los niños ve entrar en la cocina, los arroja de allí con viento fresco.



2.— Periquín llega luego, a toda prisa, con un linôleum sin ninguna falla, y Catalina con gentil sonrisa, le dice que lo afirme en la muralla.



3— No tardan Angelina, Quico y Caco, en encontrar allí el flamante rollo, y sabiendo de Cata el lado flaco, al momento imaginan un embrollo.



4.— Aprovechando que el precioso objeto está sin vigilancia y sin tutela, los niños se aproximan sin respeto y se llevan el tubo con cautela.



5.—En un extremo Quico se coloca, en otro extremo se coloca Caco; entretanto Angelina se sofoca con una risa que se le hace un taco.



6.—¡Y aquí están los mellizos convertidos en largo perro de alemana raza, mientras Cata de susto da chillidos al ver un animal de aquella traza!